



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

El de siempre.



Lo malo no es que un hombre salga así por la calle, sino que se llegue á figurar que llama la atención por las buenas formas, y que las almas sencillas, al verle subir á los coches, crean que es un chico de la aristocracia.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Camino: diferentes, por Luis de Ansoarena.—Impresiones, por Juan Pérez Zúñiga.—Manolos y chisperos, por Ángel R. Chaves.—A un poeta, por Manuel Revilla Castán.—Ministara, por Sinesio Delgado.—Palique, por Clarín.—Mandancias, por Antonio Soler, J. Sabau y Romero y Felipe A. de la Cámara.—En estos días..., por Eduardo de Palacio.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El de siempre.—El molde (diez viñetas).—La ilusión.—Varios vanitatum.—Á puñetazo limpio, por Cilla.



No sé qué es peor, si caer enfermo ó tener que buscar en las farmacias las medicinas recetadas por el médico.

Hay farmacias de primer orden provistas de todo lo necesario para nuestro alivio; pero también las hay devastadoras, donde pide uno diez céntimos de magnesia granular efervescente y le dan,

por equivocación, arsénico puro ó polvos de gas. El enfermo confía en la buena fe del boticario y se traga los polvos; pero á los pocos minutos tiene que llamar á una persona querida y decirle en secreto:

—¡Abur, Aniceta!

—¿Te vas?—le pregunta la otra.

—Sí, me traslado al otro mundo. Desde que tomé el medicamento, noto que la cama gira á mi alrededor y que se me concluye el aliento vital... Vaya, hasta otra vez.

Y el enfermo se muere sin más ceremonias.

Los médicos se quejan de la falta de escrupulosidad con que proceden algunos farmacéuticos, y no les falta razón. Ya se ha dado el caso de un médico que, después de reconocer al paciente, puso una receta complicada y dijo:

—Toma usted una cucharadita á las siete y diez minutos; después se sienta usted en una silla baja para esperar los resultados de la medicina. Á las ocho menos cuarto sentirá usted escozor en las articulaciones, pero no haga usted caso; á las nueve toma usted la segunda cucharada, y se acuesta. Á las diez vendré yo para ver los resultados del medicamento.

Efectivamente, á la hora prefijada llegaba el doctor y sorprendía al enfermo dándose calabazadas contra la pared y pidiendo á voces que le abrieran un balcón para tirarse por él de cabeza.

—¡Ay, señor médico! ¡Qué desgracia!—decía la esposa del paciente.—Desde que tomé el medicamento no hace más que cantar y querer ahogarse á sí propio. Está demente y le ha faltado al respeto á mamá, y tiene celos del aguador porque se llama Arturo.

—¿Qué cosa tan rara! ¿Dónde han ido ustedes por la medicina?

—Á la calle de Percebe, donde hay un manco que nos conoce desde niños.

—Veamos...

El médico examina la pócima menguada y, después de olerla, y de probarla, y de aplicarle un fósforo, descubre que el manco se ha equivocado y que, en vez de un calmante dulce, ha compuesto un reconstituyente terrible con cinco ó seis gramos de más y doce ó catorce gotas de un producto explosivo...

En Madrid hay boticas excelentes, donde puede comprar uno los medicamentos á ojos cerrados. Más de una vez hemos ido á preguntar:

—¿Tiene usted confianza en el sulfato de quinina?

Y nos contestó el farmacéutico:

—Hombre, no; se me ha desmejorado estos días y no me atrevo á servirlo. Vaya usted á otra parte por él.

Pero hay otros farmacéuticos á quienes se les acaba el bicarbonato y despachan piedra alumbre ó sal de higuera ó bromuro de potasio; cualquier polvillo, en fin, con tal de que tenga el mismo color.

Y exento de él á ustedes qué tristes consecuencias puede producirnos la manga ancha de ciertos boticarios.

* *

Mientras aquí asistíamos á los teatros, á las conferencias del Ateneo y á los bailes de la Albambra, Morote, el simpático periodista (mi querido amigo), estaba á punto de morir á manos de Gómez (el hijo de Lázaro).

Felizmente para todos, el tribunal de los mambises reconoció la inocencia del activo corresponsal, y éste ha podido volverse sano y salvo á la Habana, no sin sufrir muchas molestias.

Se necesita una gran virtud para ser corresponsal en estos tiempos. ¡Cuántos, en el pellejo de Morote, hubiesen firmado «el reconocimiento de la independencia de Cuba», exigido por Máximo Gómez. No digo ya la independencia, yo hubiese firmado hasta el reconocimiento de la belleza física de Máximo, aunque después me volviese atrás, poniéndole de feo que no hubiera por dónde cogerle.

Pocos, en el caso de Morote, tendrían su abnegación y su patriotismo.

—Firme usted esto—díjole Máximo.

—No; fusíleme usted—contestó Morote.

La mayoría de los corresponsales, ante la intimación del *generalísimo*, hubieran contestado:

—¿Dónde hay que firmar? ¿Aquí? ¿Quiere usted firma entera ó sólo la rúbrica? ¿Desea usted letra cursiva ó gótica?

* *

Hay que convenir en que Morote nos ha prestado un gran servicio dando á conocer la vida íntima de los insurrectos y el dualismo que existe en su campo.

Pero lo que no hemos podido averiguar es cuándo se acabará la guerra. «Unos dicen que por la Pascua y otros que por la Trinidad.»

Con todo, yo creo que es cosa de pocos días; pero, de todas maneras, no estaría de más que apeláramos al conocido sistema de las consultas, para saberlo con toda seguridad.

Esto de las consultas está dando muy buenos resultados.

En cuanto surge un asunto de cierta gravedad, los periódicos abren una información en sus columnas y dicen poco más ó menos:

«El aplaudido general Chafarote, á quien nos dirigimos ayer para conocer su opinión sobre la campaña, se expresó en estos términos: La guerra ha sido en todos los tiempos un ejercicio belicoso á si se quiere guerrero. No puedo fijar con exactitud la duración de la actual campaña, pero lo natural es que dure mucho tiempo ó que dure poco; también puede suceder que dure una cosa regular.»

Opiniones, opiniones autorizadas: esto es lo que se necesita, sobre todas las cosas, para llegar al conocimiento exacto de la situación.

Y en el *interín*, mucha infantería y mucha caballería y mucha artillería, como ha dicho Castelar.

Luis Taboada.

* *

Camino: diferentes.

¡Vaya!... Le pido por Dios que deje el sermón á un lado y no censure esta vida, que llama vida de escándalo, ni procure convertirme haciendo que dé un *cambiao* y transforme mis costumbres y me olvide del pasado. Conozco que sus palabras son las palabras de un santo que irá derecho al cielo sin una mancha del fango que suelta el mundo y que todos los pecadores llevamos... Lógico es que como usted piense un hombre que apartado vivió de toda pasión y de todo afán humano, con la materia en reposo y el pensamiento en lo alto y que para más defensa, se acorazó con los hábitos. Yo envidia esa santa calma

y ese bienestar tan plácido, porque muchas veces siento necesidad de *descanso*... pero, padre, francamente, no puedo hacerle á usted caso, ni seguir esos consejos que me parecen tan sabios. ¿Por qué?... Verá usted en seguida que el motivo está bien claro. Á usted, padre, le dió el cielo (y feo exquisito regalo) un espíritu tranquilo como el *arroyuelo manso* y una sangre un poco... fría para ciertos arrebatos. Desde chiquitín, sus gustos fueron siempre moderados... Sus libros, sus estampitas y sus rezos custodiosos, para ventura de usted, todo el tiempo le ocuparon... Y al verle así... es natural, se enroscó de hombros el diablo,

por suponer imposible
hacerse en usted un sectario,
y no le puso en las venas
el fuego en que nos quemamos
los que somos carne propia
para nutrir al pecado.
¿No está usted conforme, padre?
Pues ahora hágase usted cargo
de que yo, desde pequeño,
fui un torrente desbordado,
sin más ley que mi capricho,
que arrollaba todo obstáculo,
ni más guía que el afán
de los placeres mundanos,
porque mi sangre pedía
fiebre, locura, entusiasmo,
y que con tales impulsos
es muy difícil ser santo.
.....
Y ahora, escuche usted lo más

importante para el caso.
En esa vida tan fútil
que usted mira como escándalo,
varias veces tropecé
con mil sucesos extraños
que hirieron al alma mía
en lo más sensible... y ¡vamos!
¿por qué no decirlo?... que
brotar hicieron mi llanto...
Y, mire usted, me parece
que, si ahora diese el *cambiao*
que usted ve como preciso,
y con poder sobrehumano
contuviera mis impulsos
y me diera por ser santo...
padre, ó me convencería
de lo inútil del trabajo,
ó, al ver que ya no bro aban
las lagrimitas de antaño,
¡estoy seguro, seguro
que me iba á sentir más malol

Luis de Ansoarena.

Impresiones.

Vino á España un *tourista* de Nueva Gales
y pasó en los Madriles los Carnavales,
y van á ver ustedes las impresiones
que se llevó en su libro de apuntaciones.

«Vi comparsas formadas por cuatro gatos
que daban á las gentes muy malos ratos
tocando la bandurria medianamente

y sacando dinero para aguardiente.
Vi un mambís entre harapos muy asquerosos
haciendo los desplantes que hacen los osos,
y otros varios mambises con sendas cañas
dando á los chicos higos con telarañas.
Vi comparsas de alumnos de facultades
diciendo á las muchachas atrocidades.
Vi más de un mentecato de extraño porte
luciendo la canisa de su consorte
con viñetas oscuras hacia la espalda,
ó llevando un felpudo por sobrefalda.
Vi al niño de la viuda de un tal Matías
lucir en Recoletos los cuatro días
un traje que su madre (que era navarra)
le sacó de la funda de una guitarra;
y vi á la sobrinita de un boticario
ostentar con asombro del vecindario
un traje de «Portero de los abismos»
hecho con cataplasmas y sinapismos.
Vi un baile en donde había muy buena gente
y otro baile notable por lo indecente.
En aquél una niña muy perfumada
me dejó con la bolsa desmoronada,
y en el otro el cortejo de una doncella
se ofendió porque quise bailar con ella
y me dió dos patadas en las narices
y me saltó tres muelas con sus raíces.»

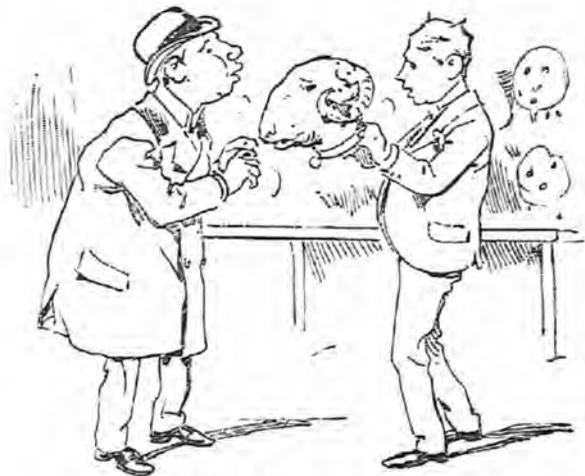
Hasta aquí los apuntes que se ha llevado.
Yo no sé lo contento que habrá quedado:
lo que sé es que el sujeto de Nueva Gales
no pasa en los Madriles más Carnavales.

Juan Pérez Guiniga.

EL MOLDE



—Aquí hay una colección preciosa. Puedo escoger un traje de gusto.



—Hombre, sí; ésta es muy caprichosa.



—No, no; ésa es demasiado grande.



—¡Ajaja!



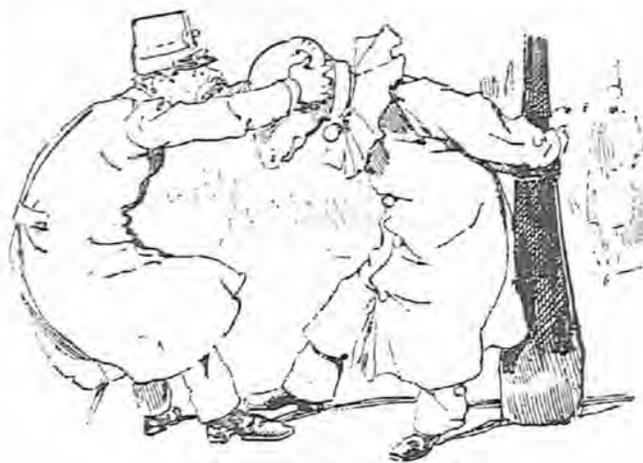
—¡Caramba! Me parece que me está apretando la careta por todas partes.



—Y el caso es que como yo tengo la carne tan fofa...



—Nada, que no sale.



—Sí, sí, guardia. Haga usted el favor.



—¡Gracias á Dios!
—¡Porral! Pero ¿tiene usted otra careta debajo?
—No, señor. Es mi cara que se me ha hecho una pasta. ¿sabe usted?



—Vamos, mujer, déjame entrar, y yo te explicaré...
—¡Mentira! Tú no eres Remigio... ¡Socorro! ¡Ladrones!

MANOLOS Y CHISPEROS.

No culpo al que se desata en injurias y denuestos contra aquella torpe plebe de manolos y chisperos, de que no falta quien diga que sólo atractiva hicieron de un escritor los sainetes y de un gran pintor los lienzos. Harto sé que, como vivo un poco al pasado vuelto, pueden quizá deslumbrarme los espejismos del tiempo, y por eso, con la pena de lo que pasó, recuerdo á aquellos de mis paisanos que, en capa de grana envueltos

y calado hasta los ojos el clásico castoreño, consumieron su existencia unas veces aplaudiendo el tal vez bárbaro arroyo de Pepe-Hillo y Romero, y otras en zambras y fiestas olvidando por completo la miseria y la ignorancia, de que sacaron provecho ambiciosos favoritos y soberanos abyectos. ¿Cómo ocultar que me duele recordar que, confundiendo religión con fanatismo, proccidad con denuedo,

por inconsciencia ó mafeza, no pocas veces hicieron del valor mercadería y hasta del amor comercio? Mas como no se me esconde que, vidriosos y soberbios, de esos deprimidos majos al nunca domado aliento se debió exclusivamente que no pisara este suelo, para ludibrio de nadie, la planta del extranjero; cuando traigo á la memoria que, sus usos defendiendo, de los bandos de Esquilache sangrienta chacota hicieron; cuando los miro iracundos derrocando por el suelo de un ambicioso valido los mal adquiridos meóros,

y cuando, lleno de asombro, oponerse los contemplo del gran capitán del siglo á los temidos ejércitos, sin que pueda remediarlo, comparo pueblo con pueblo, y al hallar al de estos días más instruido y correcto, al mirar que ya se cita á los buenos madrileños por ejemplo de templanza y de humildad por espejo, atento á ciertas miserias que, buen español, lamento, no me faltan ocasiones de gritar á voz en cuello: —¡Por Cristo que no censuro que hayan cambiado los tiempos y que la instrucción corrija desmanes y desafueros;

pero á veces se me antoja
que falta les está haciendo
al Ayapiés sus manolos
y al Barquillo sus chisperos!

Angel R. Chaves.

A un poetastró.

Tú, pedante, que ansias en vano
ceñir los laureles de ilustre poeta,
y buscas la gloria, que no se consigue
con hechos vulgares y pobres ideas;
tú, que siempre nos das en tus coplas
jardines, palacios, paisajes, florestas,
cuando sólo te pasas la vida
en bailes obscenos y en sucias tabernas;
tú, que siempre en infames sonetos
alabas la honra y el vicio reprobas,
y fingiendo virtudes sublimes,
ni tienes decoro, ni tienes vergüenza;
tú, que cantas ardientes amores
y al suave Cupido diriges endechas
muy tiernas, muy dulces, teniendo una cara
con chirlos, arrugas, ampollas y pecas;
tú, que, imbécil, altivo, orgulloso,
te burlas del hombre que ingenio demuestra,
y si ponen un libro en tus manos
lo arrojas y dices:—¡Lo sabe cualquiera!
¡pretendes que el mundo te rinda homenaje
y en mármol esculpan tus glorias excelsas
y en lienzos dibujen tu cara preciosa
y en odas alaben tu noble existencia?
El buril, el pincel y la pluma
necesitan muy alta nobleza;
tributar alabanzas no pueden
á un tonto, á un perdido, á un necio, á un cualquiera...
¿El mundo aplaudirte? ¡Manía! ¡locura!...
¿El mundo admirarte? ¡Deliras ó sueñas!...
Si el laurel te otorgaran... entonces...
como es verde... ¡menuda merienda!..

Manuel Revilla Castán.

Miniatura.

«¡Dichoso el que no tiene pan ni abrigo
y, libre de quehacéres y cuidados,
los tronchos saborea con delicia
y duerme á pierna suelta en cualquier banco!
¡Y en tanto, los mimados por la suerte,
faltos de sueño y de apetito faltos,
no aprecian los manjares y padecen
en colchones de pluma insomnios largos!
Tal es la idea más vulgar. Con ella
se han lucido en el mundo muchos sabios,
se han escrito novelas importantes
y se han hecho poemas en tres cantos.
Pero no lo creáis. Esas son voces
que hacen correr los hartos,
para que no les pidan los hambrientos
su parte de colchón y de guisado.

Sinesio Delgado.

La ilusión.



Así creen los estudiantes de primer año que van á la Alhambra las duquesas, las marquesas y las condesas.

PALIQUE

¡Pobre Grecia! Vese amenazada por Alemania... y el Sr. Ferrari, poeta de Valladolid, no la amenaza, sino que le da, sin tiento, palo de Homero, es decir, palo de ciego.

PASADO

dice el Sr. Ferrari; pero ¡quién! no podemos pasar por ese pasado. Puede que al Sr. Burell que, según un corresponsal de París, es crítico de ideas y sentimientos, le parezca bien el Pasado del Sr. Ferrari; pero yo, que no paso de crítico de menudencias de las del trívio y del cuadrívio, de ninguna manera puedo dar el pase á lo siguiente, que pasa de la raya:

¡O Grecia, musa eterna, Sibila de la Historia,
cuyos cabellos enredas de nuestras lirás son!

¡O Sr. Ferrari, Sibila de Valladolid! ¿qué tiene que ver el primer verso con el segundo? Además, es cosa fea imaginar una Gre-

cia con cabellos, y hablar de pelos á las primeras de cambio. Y ¿qué significa Sibila de la Historia? También la Sibila, la otra, la verdadera, es de la historia. ¿Y por qué ha de ser Grecia... sibila? ¡Y vaya una imagen poética esa de las lirás con cuerdas de pelo, como los cuadros de las peluquerías de aldea! No serán lirás, serán higrómetros.

Ya se le conoce al Sr. Ferrari que tiene pelos... en la lira.

Tus golfos se recortan en frescas ensenadas,
enlázase en tus montes la oliva al abedul...

Las ensenadas, frescas ó sin refrescar, no son cosa que caracterice á Grecia; y en cuanto á los montes con olivas enlazadas al abedul, protesto contra ellos, en nombre de la buena disciplina forestal. ¿Cómo han de estar los olivos ú olivas enlazados á los abedules?

Además, ¿tan poblados de olivos cree Ferrari que están los montes de Grecia, así, en general? Lo que se puede decir del Atica, por ejemplo, no se puede decir de toda Grecia. Y si Minerva, ó mejor, Palas Atenea, hubiera visto que las olivas áticas estaban enlazadas á los abedules, no se hubiera dejado hacer patrona de aquella tierra. ¡Váyale usted á la diosa de la sabiduría con abedules!

Ahora, si el *abadul* le hacía falta al poeta para extraerle, no el aceite que se emplea en la piel de Rusia, sino el consonante que ofrece generosamente al *azul* que viene después, eso es otra cosa. Pero no hacía falta enlazar abedules y olivas, que no casan bien por la diferencia ordinaria del tamaño.

Las islas te circundan cual perlas desgranadas
de su collar, ó cisnes en el remanso azul.

¡Vaya un remanso que formará el Mediterráneo que rodea á Grecia!

Tú diste á todo un alma. Por ti su imperio ejercen
la fiera de los bosques y el águila veloz.

No paso por nada de eso. Ni todo tiene un alma (por ejemplo, el *abadul* no la tiene), ni á quien la tiene se la ha dado Grecia. Ni el águila veloz, ni la fiera de los bosques ejercen su imperio gracias á Grecia.

Y si el Sr. Ferrari quiere decir que Grecia imaginó que tenían alma todas las cosas, é hizo hablar á los animales, eso lo han hecho otros países más caracterizados en tal sentido; v. gr., la India. Compare el poeta el Ramayana con la Iliada, y verá que las prosopopeyas panteísticas de Oriente dejan muy atrás á la mitología antropomórfica de Homero y Hesíodo.

En ti las espesuras, detrás de cada fronda
descubren un silvano dormido en el marjal.

¿Qué son silvanos, Sr. Ferrari? El diccionario no lo sabe. El de la Academia se entiende. Pero yo paso por los silvanos, pese á la Academia y á Chateaubriand.

Y el *marjal* es algo, pero no es palabra nada helénica; ni es cosa segura que en las espesuras de los bosques griegos abunde la barrilla, que es planta propia de las orillas del mar y de terrenos pantanosos. Pero el *marjal* es al cristal lo que *abadul* era al azul de marra.

Tu suelo fué tallado como un inmenso plinto.

Un plinto es un *cuadrado* sobre que asienta la base de la columna, según la Academia; y la figura de Grecia se parece á cualquier cosa menos á un cuadrado.

Tus tiempos ignoraron el mal y la tristeza.

Con esas señas, cualquiera reconoce á Grecia: un país de marjales y abedules y en que no había tristeza ni mal. Eso es Janja, pero Grecia no.

Dice Ferrari también que para los griegos era

la muerte un dulce sueño por término á un festín.

Amigo Ferrari, eso prueba muy poca lectura de autores griegos. Sin leer más que el canto XI de la Odissea y el *Fedon* de Platón podrá usted comprender que los griegos no veían en la muerte un dulce sueño, sino algo bastante menos agradable. Dígalo Péleo.

Por último:

En cada huella tuya trazada sobre el barro
el molde de una Venus dejabas al pasar.

Aquí hay que figurarse una Grecia que camina sobre barro y cuyos pies tienen la forma de una Venus. No cabe dislate mayor. Una huella que deja un molde de forma humana, de estatua, es el *silvano* ó infundio mayor que se ha visto dentro y fuera de los marjales.

Clarin.

Menudencias.

No desoigas, Mercedes, á este viejo:
si quieres tener novio, te aconsejo
que no andes molestando á San Antonio,
porque en eso de amores y placeres,
como sois el demonio las mujeres,
no os ha de complacer más que el demonio.

ANTONIO SOLER.

Sé que de un globo es Millán
capitán, y no comprendo
cómo siempre está *ascendiendo*
y no es más que capitán.

Cuando Ruíno enfermó,
cierto instrumento á Ruíno
un vecino le prestó,
y dice que se salvó
con ayuda de vecino.

J. SABAU Y ROMERO.

—¡Es que no tenéis gancho!—les decía
á sus tiernos pimpellos doña Antera.—
¡Yo, cuando joven, sí que lo tenía!
Y llevaba razón. Era trapera.

FELIPE A. DE LA CÁMARA.

VANITAS VANITATUM



—La verdad es que si mi principal me dejara ponerme así detrás del mostrador, no se irían á comprar á otra parte las criadas del barrio. ¡Digo, me parece!

En estos días...

Es muy temerario quien se echa á la calle sin disfraz, según opinan varias personas «delicadas de cutis», excesivamente delicadas. «Un enmascarado es capaz de cualquier atrevimiento.»

«Hay quien se tapa la cara exclusivamente para decir desvergüenzas al prójimo.»

«Hasta para cometer un crimen ó más sirve el disfraz á los delinquentes.»

«A favor de la careta se atreven algunas personas á todo.»

«En opinión de las mismas que esto dicen, el único remedio para salir á la calle tranquilamente en Carnaval es disfrazarse.»

Este fué el que adoptó el pobre Serafín. Un hombre de bien, cargado... de mujer y de trampas, única familia que le quedaba.

—No desafíes al peligro—le dijo su esposa—y quédate en casa, por lo menos hasta la noche, en estos días de Carnaval.

—Juliana—replicó el esposo,—déjame en paz; soy hombre, y sé á lo que me expongo.

Pero en lo «íntimo de su conciencia» pensaba: —¿Y si tengo la malaventura de tropezar con algún acreedor disimulado por una careta de pasta y un vestido de *destrozona*?

Así fué que, á pocas instancias de Juliana, Serafín, como echándolo á broma, dijo:

—¿Sabes que he pensado una cosa?

—¿Qué?

—Disfrazarme.

—Serafín, tú no sabes lo que es vergüenza.

—¡Juliana!

—¡Un hombre que se ve en tu situación vestirse de mamarracho! Pero Serafín triunfó, por su desgracia.

Me parece estar viéndole, con su careta de loro de la alta Cámara y su disfraz de llorón, improvisado con las únicas enaguas y camisa que tenía disponibles su mujer y una gorrita «procedente» de funda de almohada.

—Anda, hijo, que vas á divertirme—le decía su esposa.

—Pero, mujer, si no tengo más remedio que salir á buscar dinero; estamos ahogados, Juliana; voy á ver al habilitado, por si se ablanda... Le tengo frito.

A puñetazo limpio.



¿Y á que no saben ustedes por qué riñen? ¡Por celos!

—¿Y vas vestido de máscara?

—Juliana, me acechan; no es manía de persecuciones; créeme: el exagnador, el carbonero clásico, ó sea el antiguo, y otros varios individuos de ambos sexos me persiguen; los veo frecuentemente en la puerta del ministerio, espíandome, y salgo por la puerta de la calle de la Aduana.

—¡Qué existencial!

—Horrible, hija, horrible; voy por la calle como un sentenciado á muerte en rebeldía, huyendo de cualquiera persona de cualquier sexo que me mire siquiera con cierta curiosidad; oyendo siempre una voz de comestibles, ó una interjección expresiva, ó un apóstrofo «al par ofensivo y bochornoso», que me dedica alguna víctima de nuestra voracidad.

—¡Pobre Seraffín!

—Y tan pobre. Aquel tendero á quien dejamos tan triste recuerdo, sin la galantería siquiera de avisarle de la mudanza y ofrecerle «su nueva habitación», según costumbre social, ha jurado cortarme el pescuezo por una sola vez.

—¡Canalla!

—¡El pescuezo por veinte duros!

—¿Y qué más?

—¿Cómo «qué más?»

—¿Qué más puede pedirse á un hombre ordinario?

—¡Ya!

Seraffín salió con precauciones y se encaminó á la casa del habitado.

El portero no le dejaba pasar enmascarado.

—Soy compañero de D. Casto—repeta Seraffín, primero disimulando la voz y después en tono natural.

Temía descubrirse, porque precisamente en la otra acera, y enfrente al portal de la casa de D. Casto, estaba el tendero «juramentado»; allí tenía su establecimiento.

Pero la obstinación del portero obligó á Seraffín á descubrirse la cara.

En la puerta se habían detenido algunos chiquillos y aun personas mayores para ver y oír al máscara.

Entre las mayores estaba el vecino.

Descubriese la cara D. Seraffín y lanzarse sobre él el tendero, fué todo asunto de un minuto.

Una instantánea cómica-trágica.

—¡Favor!—gritaba la víctima.

—Yo te daré á ti bromas, ¡granuja! ¡tramposo!

No supe en qué paró aquello, pero me lo figuro.

Le degollaría.

Eduardo de Palacio.

CHISMES Y CUENTOS.

Un distinguido escritor militar se lamenta de que por culpa nuestra, de los periodistas, que nos metemos en todo, ha cundido demasiado en el extranjero la especie de la inferioridad de nuestros generales.

Esta última parte es verdad, desgraciadamente.

Pero no hemos sido nosotros los que hemos hecho correr la voz, sino ellos, los mismos generales, que no saben acabar las guerras.

Porque aunque nadie hiciera comentarios (y ya se cuida el señor fiscal, que vela por el prestigio, etc., etc., de que se hagan los menos posibles), me parece que con leer los partes oficiales que vienen de Cuba y que venían antes de Filipinas basta y sobra para que los extranjeros empiecen á dudar de las aptitudes de los respectivos generales en jefe.

Los de casa hace mucho tiempo que no dudamos.

Es más, hasta creo que nadie lee ya los despachos de Weyler. ¡Todos son iguales hace un siglo!

Primera parte de un sainete.

Se podría titular «¡Ábrete, trocha!»

«El corresponsal del *New-York Herald* en el campo insurrecto dice que Máximo Gómez cruzó la trocha de Júcaro á Morón en la noche del día 10 del actual.

El objeto de Máximo Gómez era dejar al titulado presidente Betancourt, á los miembros civiles de la insurrección y á unos doscientos heridos y enfermos á cargo de una partida que se halla en la provincia de Puerto Príncipe. Realizado su objeto, el *chino viejo* volvió á cruzar la trocha y regresó á su campamento atrincherado de las lomas de la Sigüanea.»

De modo que, gracias á Dios, ya sabemos dónde está Máximo Gómez: en un campamento atrincherado. Pero como si no. Porque también supimos que había muerto Maceo y nos contentamos con estar diciéndolo dos meses entre explosiones de júbilo.

Segunda parte.

Esta podría titularse: «Á buena hora, mangas verdes.»

Dice el general en jefe en un despacho oficial:

«La trocha de Júcaro á Morón está cercada hasta la laguna de Larache, considerando muy difícil el paso de Máximo Gómez á Oriente, á no ser que lo efectúe por mar ó en grupos.»

Eso, en pequeños grupos que conduzcan la Junta revolucionaria y doscientos heridos.

¿Ven ustedes? ¡Así es como cunden las malas ideas por los países extranjeros!

Tercera parte: «Nuestros buenos amigos»

«Washington 23.—Se ha presentado en el Congreso una proposición de carácter preceptivo autorizando al presidente de la república á enviar buques de guerra americanos á la isla de Cuba, con orden de bombardear sus puertos si los ciudadanos norteamericanos que se hallan presos en la isla no son puestos inmediatamente en libertad. Esta proposición, debida á la iniciativa individual, no llegará siquiera á discutirse»

Pues mire usted, será una lástima.

Porque si empezaran á bombardear nuestros puertos, puede que empujáramos á dudar de la buena amistad de los Estados Unidos, y tendríamos que hacer por fuerza lo que hemos debido hacer *motu proprio*, hace mucho tiempo.

Aunque tenemos un Gobierno tan hábil en las cuestiones diplomáticas, que puede que fuera capaz de aguantar el bombardeo y dar explicaciones encinas.

Libro:

La casa editorial Bailly-Baillière é Hijos acaba de poner á la venta la *Guía del pasajero en vía marítima*.

Su autor es D. Antonio García Bruna, y está escrita en español y francés. Contiene unos mapas ó cartas de los mares, costas, islas, cayos y bajos, hechos con tanta perfección y con tantos datos, que los grados, corrientes marinos, itinerarios de los millares de barcos que surcan los mares, se hallan detallados tan esmeradamente que desde luego se ve lo útil que son. Su texto lo componen datos acerca de las salidas de vapores de las diversas Compañías de Europa y América, instrucciones muy necesarias á los viajeros é infinidad de noticias, con las cuales se completa la *Guía* y se convierte en obra preciosísima para toda persona que tenga necesidad de hacer viajes por mar.

El *noticiero guía de Madrid*, que acaba de dar á la estampa un querido compañero en la prensa, llama seguramente la atención del público por las interesantes materias de que trata, por la novedad y esmero de la parte material y... por ser sumamente barato. Publica, además del calendario, una sección descriptiva de Madrid, ilustrada con profusión de grabados; una segunda parte dedicada á noticias curiosas y los nombres y señas de todo el personal de los centros oficiales. Precio: una peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Zepaldo.—Inocentes entramos. Una advertencia: no deben consonantarse entiendo y sobreentiendo porque... vamos, porque son demasiado consonantes.

¿Cuál?—La cuestión no está en escribir mucho, sino en fijarse un poquito, nada más que un poquito, en lo que se escribe.

La última palabra de Rocawi etc.—¿Estando mi firma?—Melonidas.—El *chiquito de Valladolid*.—Digo á ustedes exactamente lo mismo que al señor de *Cuñil*, pero sin quitar punto ni añadir coma.

Sr. D. J. G. C.—Se publicará alguna cosita.

El Riojano.—¿Quién nos dira en esta tierra á los muchos españoles si se termina la guerra para quien son los laureles?»

¿Y quién nos dirá, de paso, que laureles y españoles son consonantes? ¡Ningun alma nacida!

Cristin.—Mire usted, eso no es un soneto ni cosa parecida. Son treinta y dos versos... hasta cierto punto, y no hacen falta tantos para decir que la patria peligra.

Espartero.—No, esa ya no me gusta. Es bastante vulgar.

El capitán del Burgo.—Eso está en la imprenta. Se aprovechará en cuanto quede un huequillo.

Pascopá.—Esos diálogos que no dicen nada pueden ser eternos, si se quiere. Pero no hay lector que se los trague.

R. L. T. O, etc., etc., etc.—Ni se entiende la letra, ni se entiende el pensamiento, ni se entiende nada. Es un conjunto de nebulosidades muy propias para marear á cualquiera. Entre el soneto de treinta y dos versos del señor Cristin y ese de ustedes, que no tiene más que cinco... no sabe uno en cual se quedaría.

Sr. D. G. A.—Es inocente sobre toda ponderación.

El nene de L.—No puedo hacerle á usted la gracia que me pide, porque la composición es medianaja.

Timo, teo.—Puede que tiene usted tanto interés en el asunto, voy á indicarle la forma en que puede conseguir su objeto. Dice usted eso mismo en un comunicado, lo hace usted publicar en un diario de gran circulación, lo firma usted, y santas pascuas.

Sr. D. R. G.—No una décima sola, muchas décimas pueden hacerse con el mismo asunto. Y todas sin decir nada nuevo.

La señora Rita.—No lo hace usted mal del todo, pero ninguna de esas meudencias tiene nada de particular absolutamente.

Tenovri.—¡Rediós! ¡Vaya un chistel!

Q. A.—Todo eso es inocentada pura. Y un ciudadano que cuando ve escrito tener picadía, supone que es errata de imprenta, y, sin embargo, no sabe lo que quiere decir, y pide que se corrija... huele á guasón á quince leguas.

Antón Omasia.—No son cosa mayor las humoraditas de esta remesa. ¡Experimentemos otra!

Aficiones.—Bien versificada, pero poco gracioso el asunto.

Un reactivo.—Viejecico es el *calambourg*. Y no del mejor gusto además.

H. O.—El único pasable es el último; pero es tan poquita cosa que no vale la pena.

Pío Luna.—Todas tienen el mismo defecto. Pertenecen á un género de literatura completamente pasado de moda. Es decir, que domina usted bastante la forma, pero andar un poco atrasado en el gusto.

Las tres gracias.—No, hijas de mi alma. Ustedes no son ustedes. Son un prójimo que no tiene nada que hacer y se dedica á hacer dibujos como los haría yo, y verse como los haría otro desocupado cualquiera.

Sr. D. P. H.—Para Avila saldremos dentro de ocho días. Mal tiempo es, pero ¡ay de mí! no podemos esperar más. Si puedo, y la atmósfera lo permite, visitaré el lugar que usted me indica. Si no puede ser... ¡pues tendremos paciencia!

Sr. D. P. D.—El gracioso es el de las moscas, pero... es de mal gusto.

Polcarpino.—Son muy serias. ¿No le parece á usted?

NOTA, Y VAN MIL.—Como era de esperar, no me han hecho ustedes el menor caso y han seguido enviando originales, á pesar de la advertencia publicada hace quince días. Así es que se me han echado encima las cartas de dos semanas y... tengo que dejar algunas docenas sin contestación. ¡Pégame, señores, pero no puedo remediarlo!

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

— corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

— los corresponsales, 5 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha

Teléfono núm. 2.100.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 8.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Lui Cambay, calle Ribadavia, 612, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 24 desp.º